

DOMINGO III DE ADVIENTO “C”

«*Estad siempre alegres en el Señor*»

So 3, 14-18a:

Is 12, 2-3; 4-6:

Fl 4, 4-7:

Lc 3, 10-18:

«*El Señor se alegrará en ti*»

«*Gritad jubilosos...*»

«*El Señor está cerca*»

«*¿Qué hemos de hacer?*»

I. LA PALABRA DE DIOS

La liturgia de este domingo quiere infundirnos una alegría desbordante por la presencia y acción de Jesucristo salvador en la historia humana: «**Regocíjate... Grita de júbilo... Alégrate y gózate de todo corazón...**» (Primera lectura); «**Estad siempre alegres en el Señor**» (Segunda lectura). ¿La razón? La Iglesia presiente la inminencia de Cristo —«**el Señor será el rey de Israel en medio de ti**»— y no puede contener su gozo; la esperanza, el deseo de Cristo, se transforma en júbilo porque ya viene, está a la puerta. He ahí la gran certeza de la esperanza cristiana.

La causa de la alegría es el Señor. Su presencia es el anuncio de la Buena Noticia, gozosa noticia. «**Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo**». «**El os bautizará en Espíritu Santo y fuego**» (Evangelio). Bautismo que purifica, salva, santifica. Bautismo, es decir, la vida sacramental por la que Jesucristo está presente y actúa en la vida de los hombres. Jesús viene a bautizarnos con Espíritu Santo y fuego. Este es su don, el don mesiánico por excelencia. Jesús anhela sumergirnos en su Espíritu. El Adviento nos abre no sólo a Navidad, sino también a Pentecostés.

Y con la presencia de Cristo, la salvación que trae: «**El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos**». No sólo es la alegría por la presencia del Amado, sino también el entusiasmo por la victoria: «**El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva**». Los males que nos rodean tienen, por fin, remedio, porque llega Cristo, Salvador del mundo.

El discípulo de Jesucristo vive en comunión con Él, que actúa en el misterio; cree y espera su venida final y definitiva. Sabe que, por la presencia y acción de Cristo, que nos acompaña, nuestra vida cristiana está penetrada de la vida nueva de Dios. Aquí está el secreto de la alegría del creyente.

El poeta pagano Ovidio escribía en su destierro: «**Nada puede hacerse, sino llorar**» (*De tristitia*). San Pablo, prisionero recomienda: «**Estad siempre alegres en el Señor; de nuevo os digo, estad alegres**». Dice también: «**Sobreabundo de gozo en todas vuestras tribulaciones**» (2 Co 7,4). Este vive de Cristo; Ovidio, no.

En un mundo que cada día se torna más triste, el creyente debe velar para no esclavizarse por lo con-

tingente; esforzarse por el cumplimiento del deber, la austeridad de vida y la solidaridad con los hombres necesitados, y presentar a Dios sus peticiones y acciones de gracias.

Se nos regala un nuevo Adviento para que aprendamos a vivir esta realidad: «**¡Gritad jubilosos...! ¡Qué grande es en medio de ti el santo de Israel!**».

II. LA FE DE LA IGLESIA

La acción de Cristo glorioso en la liturgia:
(1084-1086)

«*Sentado a la derecha del Padre*» y derramando el Espíritu Santo sobre su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo **actúa ahora** por medio de los **sacramentos**, instituidos por Él para comunicar su gracia. Los sacramentos son signos sensibles (palabras y acciones), accesibles a nuestra humanidad actual. **Realizan eficazmente la gracia que significan** en virtud de la acción de Cristo y por el poder del Espíritu Santo.

En la **Liturgia** de la Iglesia, Cristo significa y realiza principalmente su **misterio pascual**. Durante su vida terrestre Jesús anunciaba con su enseñanza y anticipaba con sus actos el misterio pascual. Cuando llegó su Hora, vivió el único acontecimiento de la historia que no pasa: Jesús muere, es sepultado, resucita de entre los muertos y se sienta a la derecha del Padre «*una vez por todas*».

La Resurrección de Jesús es un acontecimiento **real**, sucedido en nuestra historia, pero absolutamente **singular**: todos los demás acontecimientos suceden una vez, y luego pasan y son absorbidos por el pasado. El misterio pascual de Cristo, por el contrario, no puede permanecer solamente en el pasado, pues por su muerte destruyó a la muerte, y todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos y en ellos se mantiene **permanentemente presente**. El acontecimiento de la Cruz y de la Resurrección **permanece y atrae** todo hacia la Vida.

Por esta razón, como Cristo fue enviado por el Padre, Él mismo envió también a los **Apóstoles**, llenos del Espíritu Santo, no sólo para que, al **predicar** el Evangelio a toda criatura, anunciaran que el Hijo de Dios, con su muerte y resurrección, nos ha liberado del poder de Satanás y de la muerte y nos ha conducido al reino del Padre, sino también para que **reali-**

zaran la obra de salvación que anunciaban mediante el sacrificio y los sacramentos en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica.

...y en la oración (2655 – 2658)

La misión de Cristo y del Espíritu Santo que, en la liturgia sacramental de la Iglesia, **anuncia, actualiza y comunica** el Misterio de la salvación, se **continúa en el corazón que ora**. Los Padres espirituales comparan a veces el corazón a un altar. La oración **interioriza y asimila la liturgia** durante y después de su celebración.

Se entra en oración como se entra en la liturgia: por la puerta estrecha de la fe. **A través de los signos** de su presencia, es el rostro del Señor lo que buscamos y deseamos, es su palabra lo que queremos escuchar y guardar.

El Espíritu Santo nos enseña a **celebrar la liturgia esperando el retorno de Cristo**, nos educa para **orar en la esperanza**. Inversamente, **la oración de la Iglesia y la oración personal alimentan en nosotros la esperanza**. Los salmos muy particularmente, con su lenguaje concreto y variado, nos enseñan a fijar nuestra esperanza en Dios.

«La esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rm 5, 5). La oración, formada en la vida litúrgica, **saca todo del amor** con el que somos amados en Cristo y que nos permite **responder amando** como Él nos ha amado. El amor es la fuente de la oración: quien saca el agua de ella, alcanza la cumbre de la oración.

Alegría y búsqueda de Dios (30)

«Se alegre el corazón de los que buscan a Dios» (Sal 105, 3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, **Dios no cesa de llamar** a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la **dicha**. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el **esfuerzo** de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, "un corazón recto", y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

«La verdadera alegría se encuentra donde dijo S. Pablo: En el Señor. Las demás cosas, a parte de ser mudables, no nos proporcionan tanto gozo que puedan impedir la tristeza ocasionada por otros avatares en cambio, el temor de Dios la produce indeficiente porque quien teme a Dios como se debe, a la vez que teme confía en El y adquiere la fuente del placer y el manantial de toda la alegría» (S. Juan Crisóstomo).

«Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti» (S. Agustín).

IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

¡Cielos, lloved vuestra justicia!

¡Ábrete, tierra!

¡Haz germinar al Salvador!

*Oh Señor, Pastor de la casa de Israel,
que conduces a tu pueblo,
ven a rescatarnos por el poder de tu brazo.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

*Oh Sabiduría, salida de la boca del Padre,
anunciada por profetas,
ven a enseñarnos el camino de la salvación.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

*Hijo de David, estandarte de los pueblos y los reyes,
a quien clama el mundo entero,
ven a libertarnos, Señor, no tardes ya.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

*Llave de David y Cetro de la casa de Israel,
tú que reinas sobre el mundo,
ven a libertar a los que en tinieblas te esperan.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

*Oh Sol naciente,
esplendor de la luz eterna y sol de justicia,
ven a iluminar
a los que yacen de sombras de muerte.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

*Rey de las naciones y Piedra angular de la Iglesia,
tú que unes a los pueblos,
ven a libertar a los hombres que has creado.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

*Oh Emmanuel, nuestro rey,
salvador de las naciones,
esperanza de los pueblos,
ven a libertarnos, Señor, no tardes ya.
Ven pronto, Señor. ¡Ven, Salvador!*

Amén.